

CONSEJERÍA PARA LA IGUALDAD Y BIENESTAR SOCIAL

Observatorio
de la Infancia
en Andalucía

Acogimiento familiar en Andalucía

ACOGIMIENTO FAMILIAR EN ANDALUCÍA

Jesús Palacios y Jesús M. Jiménez Morago
Universidad de Sevilla

Resumen de resultados

Noviembre, 2007

Coordinación del trabajo de campo: Miguel A. Espinosa Mulero

Trabajo realizado por encargo y con financiación de la Consejería para la Igualdad y el Bienestar Social (Dirección General de Infancia y Familias). La investigación se realizó a través de un convenio entre la Consejería y la Universidad de Sevilla.

Índice

Objetivos | 4

Metodología | 5

Madres y padres de los acogidos | 6

Acogedoras y acogedores | 12

Menores acogidos | 19

Conclusiones | 28

Por iniciativa de la Dirección General de Infancia y Familias de la Consejería para la Igualdad y el Bienestar Social de la Junta de Andalucía, y a través de un convenio con la Universidad de Sevilla, se planteó la necesidad de conocer a fondo la situación del acogimiento familiar en Andalucía. El equipo de investigación movilizó a partir de ahí una importante cantidad de recursos humanos y profesionales para cumplir el encargo en un muy breve margen de tiempo. Desde los servicios centrales de la Dirección General, desde las delegaciones provinciales, desde las entidades colaboradoras y, sobre todo, desde las familias acogedoras, se hizo posible que el equipo de investigación constituido al efecto pudiera en apenas dos meses (mayo y junio de 2007) recoger toda la información sobre la que se basa el informe técnico final, del que estas páginas no son sino un breve resumen.

Tras un muestreo que permitiera asegurar la representatividad de la muestra, las familias acogedoras aleatoriamente seleccionadas fueron estudiadas en sus domicilios en las ocho provincias de Andalucía. Además, los centros educativos a los que asistían los niños y niñas y adolescentes acogidos fueron también visitados, obteniéndose información del profesorado sobre los chicos y chicas de la muestra.

En este resumen se presentan los principales datos y conclusiones de la investigación. En primer lugar, se hace una breve presentación de los objetivos, de la muestra y la metodología del estudio. A continuación se exponen los datos referidos a los padres y madres de los acogidos, a los acogedores y acogedoras, y a los chicos y chicas acogidos. Finalmente, se resumen las conclusiones más relevantes a que la investigación ha dado lugar.

Objetivos

El acogimiento familiar ya ha dado lugar a algunas investigaciones en Andalucía que se han limitado a un tipo de acogimiento concreto y a alguna ciudad o provincia determinadas, por lo que se carece de información válida para toda Andalucía. La investigación pretende además una aproximación detallada a los principales protagonistas del acogimiento familiar: progenitores, acogedores y menores acogidos. Se trata de saber qué perfiles tienen y cómo viven la situación de acogimiento. Además, en el caso de los acogedores, se trata de conocer las características de su hogar, de la estimulación que ofrecen, de su vivencia del estrés y de sus fuentes de apoyo en la vida cotidiana. En el caso de los acogidos, se trata de conocer cómo están desde el punto de vista de su desarrollo, de su inteligencia, de su rendimiento escolar, su auto-estima, sus relaciones sociales, y sus problemas y dificultades. Para disponer de un elemento de comparación, se ha contado con la valoración hecha por el profesorado de compañeros de clase de los acogidos elegidos al azar.

El acogimiento familiar puede llevarse a cabo en la familia del menor (acogimiento en familia extensa), o bien en una familia con la que no hay lazos de parentesco (acogimiento en familia ajena). Forma también parte de los objetivos de esta investigación conocer las semejanzas y diferencias entre los protagonistas de estas dos modalidades de acogimiento. Por su especificidad, relevancia y proyección, se ha añadido además el acogimiento de urgencia, que se hace en familia ajena pero en circunstancias y características especiales. El objetivo central de esta investigación no radica sólo en la descripción de hechos, sino también en una valoración de cuál es la situación de las distintas modalidades de acogimiento que sirva como base a la introducción de mejoras en el modelo de intervención profesional en torno a esta importante medida de protección.

Metodología

Los participantes de la investigación constituyen una muestra representativa para Andalucía de los menores acogidos y de sus familias acogedoras. La muestra está compuesta por un total de 218 menores y sus correspondientes familias acogedoras. Dado que la mayoría (85%) de los acogimientos familiares constituidos en Andalucía lo son en familia extensa, se optó por un muestreo estratificado proporcional por tipo de acogimiento y provincia con un nivel de confianza del 95.5% para datos globales, sobre-muestreando el estrato familia ajena para asegurar la representatividad del estrato minoritario, incluyendo además a todos los casos de acogimiento de urgencia existentes en aquel momento en las dos únicas provincias en las que este tipo de acogimiento se realizaba (Cádiz y Sevilla). La tabla siguiente muestra la distribución de los acogimientos familiares por provincia y su total en Andalucía. Además, puede verse el número de menores y familias participantes por provincia.

Provincia	Número de acogimientos por provincia	Familias participantes por tipo de acogimiento			Número total de familias participantes
		Extensa	Ajena	Urgencia	
Almería	113	10	2	-	12
Cádiz	554	23	8	3	34
Córdoba	251	16	4	-	20
Granada	229	17	5	-	22
Huelva	316	17	5	-	22
Jaén	139	8	2	-	10
Málaga	718	24	10	-	34
Sevilla	617	36	17	11	64
TOTAL	2937	151	53	14	218

En el muestreo aleatorio se controlaron la edad y el género de los menores, para garantizar una presencia equilibrada de chicos y chicas, así como de todas las edades en el rango entre el nacimiento y los 17 años. Si en un hogar había más de un niño acogido, sólo se estudió a uno de ellos, elegido al azar.

La selección de familias participantes se llevó a cabo mediante extracción aleatoria de los listados de familias acogedoras, proporcionados por las diferentes delegaciones provinciales y las entidades colaboradoras radicadas en las distintas provincias. Una vez establecido el contacto con las familias, se las visitaba en su domicilio y se aplicaba una completa batería de pruebas (entrevista, técnicas de observación directa, cuestionarios, tests y pruebas psicológicas) tanto a los acogedores como a los menores acogidos. De la misma manera, se contactó con los centros educativos donde estudiaban los menores y se pidió al profesorado que completara algunas pruebas sobre rendimiento académico, presencia de problemas de conducta y competencia, referidas tanto al menor acogido, como a un compañero de curso del mismo género elegido al azar. La fase de estudio de campo del estudio se llevó a cabo durante los meses de mayo y junio de 2007.

Madres y padres de los acogidos

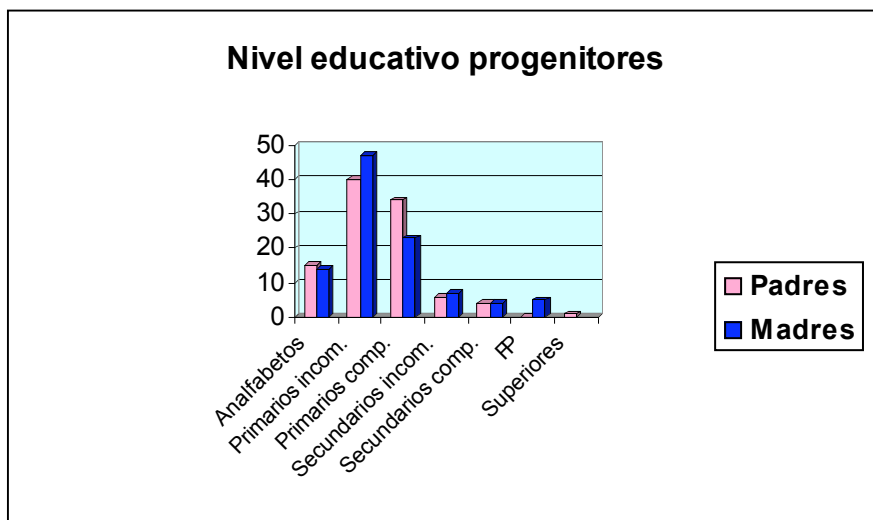
La información sobre los progenitores de los acogidos procede de las entrevistas con los acogedores, que aportaron datos precisos sobre 126 padres y 153 madres. Del resto de los casos o bien carecían de información, o no era procedente (padre desconocido, fallecimiento...).

Datos socio-demográficos

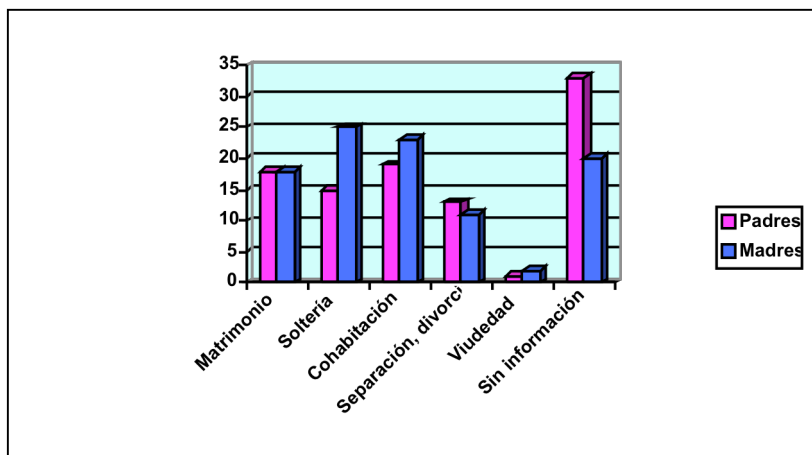
Con una edad media de 28 años (madres) y 36 años (padres) en el momento del acogimiento, los progenitores de los bebés en acogimiento de urgencia son claramente más jóvenes que los demás, con una edad media de 27 años.

Lo característico de estas personas es que en un número importante de aspectos presentan características socio-demográficas que hacen de ellos un grupo claramente distinto de los patrones predominantes en la población general:

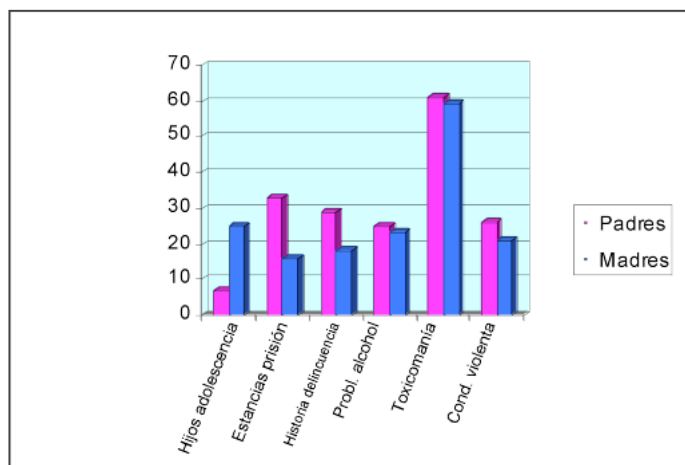
Tienen niveles educativos claramente muy bajos, así como unos niveles de desempleo muy superiores a los de la población general (47% de los padres y 57% de las madres)



Presentan altas tasas de inestabilidad en la relación de pareja



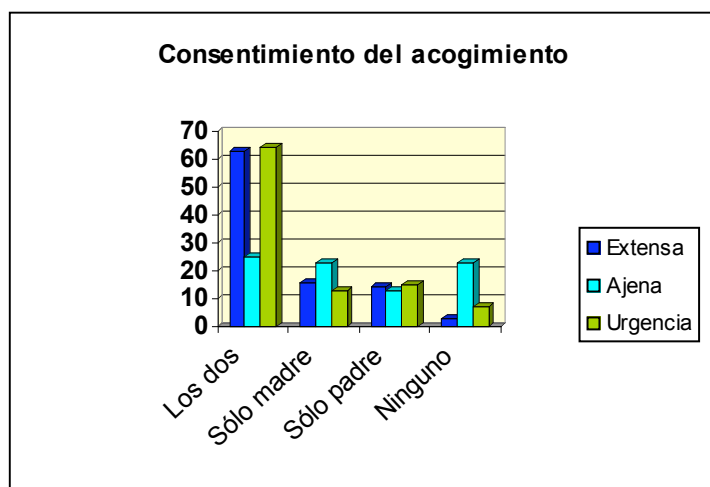
Otros factores de riesgo están en ellos sobre-representados, con una elevada incidencia de los problemas de adicción



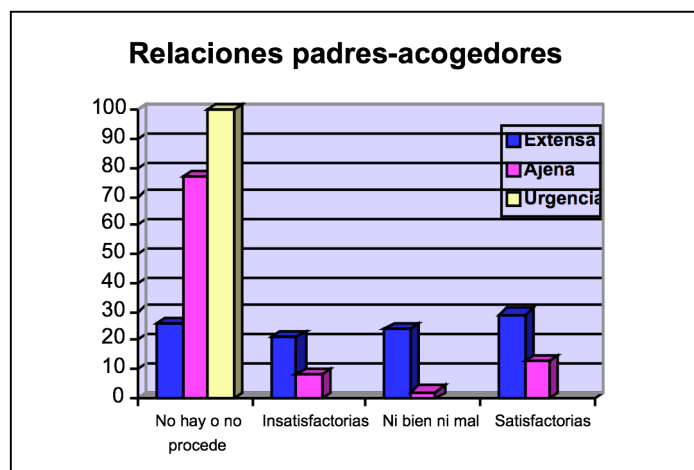
Según la información de los acogedores, un porcentaje modesto de los progenitores ha resuelto sus serias dificultades (17% de padres y 14% de madres) o está en vías de resolverlas (9% de padres, 13% de madres). Los demás siguen con serios problemas (20% padres, 24% madres), han fallecido o desaparecido (16% padres, 17% madres), o bien se carece de información fehaciente respecto a ellos.

Antes y durante el acogimiento

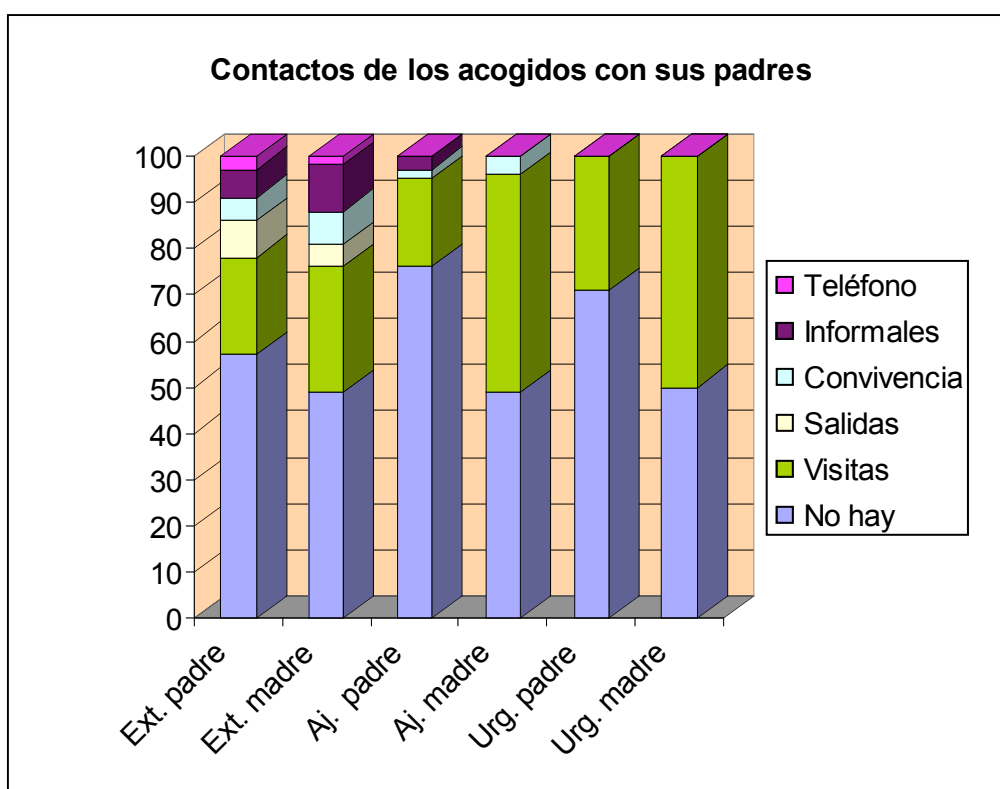
Aunque un promedio del 58% de los progenitores estuvo de acuerdo con el acogimiento, las diferencias respecto al grado de consentimiento son muy diferentes en función de la modalidad de acogimiento. Claramente, son los casos de acogimiento en familia ajena los que contaron con menos consentimiento de los progenitores. En este aspecto concreto, los perfiles del acogimiento en familia extensa y en acogimiento de urgencia son más semejantes que diferentes.



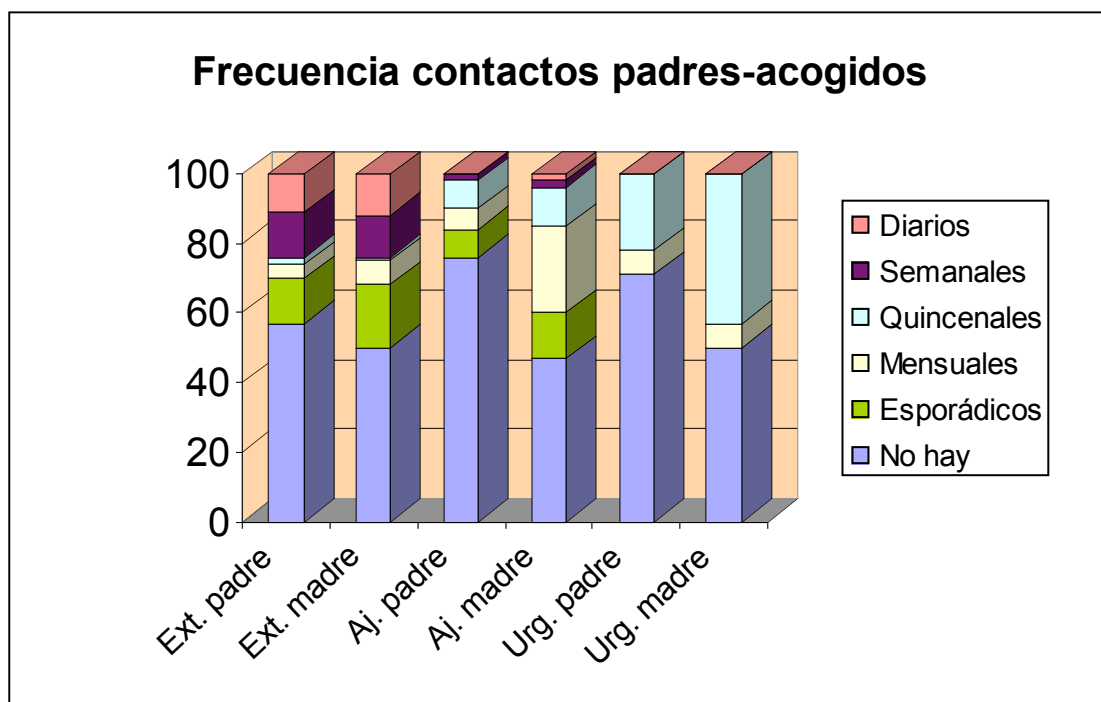
Las relaciones entre progenitores y acogedores varían también notablemente en función del tipo de acogimiento que se considere. Sobre todo en acogimientos en familia ajena y de urgencia son muy elevados los porcentajes en los que tales relaciones no existen o en las que no son procedentes (por ejemplo, porque los padres no tengan opción a visitas, porque la intervención no prevea relaciones entre ellos y los acogedores, por imposibilidad material de cualquier tipo...). En el caso de familia extensa, allí donde hay relaciones se reparten de forma parecida entre las que son insatisfactorias, las que son satisfactorias y aquellas que, según los acogedores, no van “ni bien ni mal”.



Respecto a las relaciones entre progenitores y acogidos, la información más interesante a propósito del tipo y la frecuencia de los contactos, se obtiene al comparar las diferentes modalidades de acogimiento. Por lo que a la existencia y tipo de contactos se refiere, sin duda alguna lo que más llama la atención es la ausencia de contactos en todas las modalidades de acogimiento, particularmente en el caso de los padres. El otro dato llamativo es la mayor diversidad de modalidades de contacto en los casos de familia extensa, así como la mayor presencia en estos casos de contactos informales, conversaciones telefónicas, salidas ocasionales...



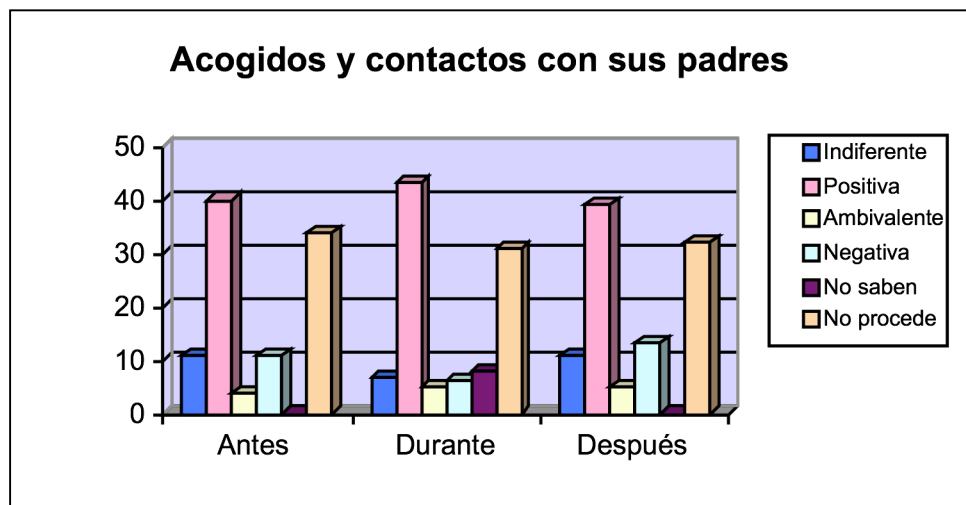
Algo parecido ocurre respecto a la frecuencia de los contactos, que son más diversos y también más asiduos en el caso de los acogimientos en familia extensa que en los demás. En efecto, cuando los acogidos están con sus familiares, es más probable que tengan contactos más frecuentes con sus progenitores, con mayor presencia de los diarios, semanales y quincenales. Las relaciones parecen, en efecto, más frecuentes y, como se ha indicado, más informales. Por el contrario, el perfil de los contactos en el caso de los acogimientos en familia ajena y de urgencia muestra que o bien no existen contactos, o bien tienen una periodicidad quincenal o mensual, aunque en el caso de un pequeño grupo de acogimiento en familia ajena se dan también contactos esporádicos. En conjunto, en el acogimiento en familia ajena, así como en el de urgencia, se hace notar una menor proximidad y una mayor presencia de la intervención profesional a la hora de regular tanto el tipo de contactos como su frecuencia.



Valoración de las relaciones y contactos

Cuando se pide a los acogedores que hagan una valoración de cómo se sienten los acogidos en relación con los contactos con sus progenitores, los datos obtenidos muestran una valoración más hacia el polo positivo que hacia el negativo. Según la valoración de los acogedores, tanto antes del encuentro con sus padres, como durante el encuentro y tras él, el tipo de reacción predominante es positiva.

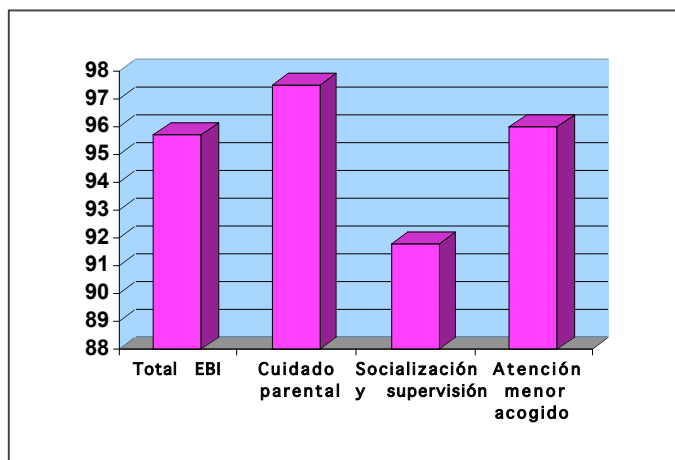
Sin embargo, cuando se pide a los acogedores que valoren no la actitud del menor en relación con contactos y visitas, sino la influencia que tienen sobre él, la valoración parece cambiar de tono. Así, por ejemplo, si se consideran los contactos con la madre, la tercera parte de los acogedores en familia ajena y de urgencia hacen una valoración negativa, frente al 17% de los acogedores de familia extensa. En el polo de la valoración positiva se encuentra la cuarta parte de los acogedores en familia extensa, frente al 12% en el caso de familia ajena. Los acogedores de urgencia atienden a bebés pequeños en los que probablemente les resulte difícil discernir ninguna reacción positiva.



Acogedoras y acogedores

Respuesta a las necesidades básicas de los menores

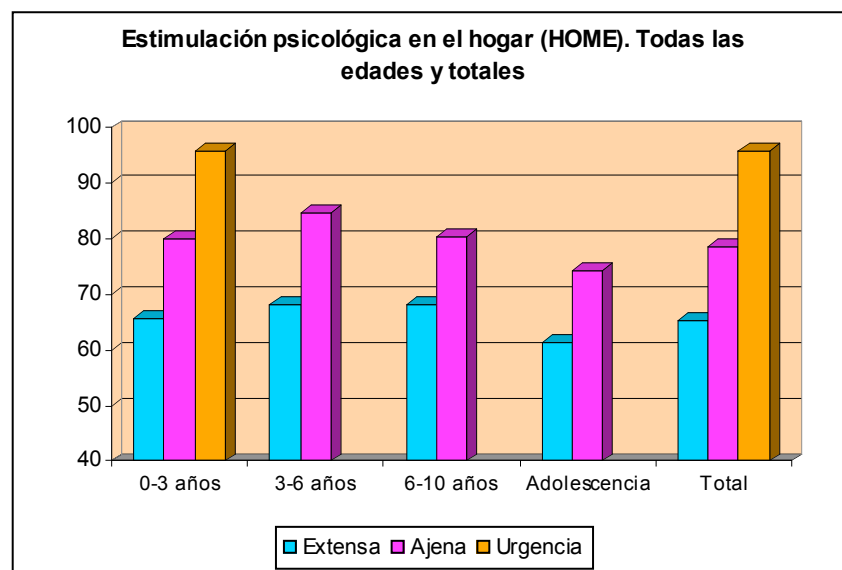
La evaluación realizada con la Escala de Bienestar Infantil (EBI) indica que las familias acogedoras satisfacen adecuadamente las necesidades básicas de los menores acogidos, con una puntuación media de 95,7 puntos sobre los 100 que se pueden obtener en esta escala. Las subescalas indican que los acogedores atienden de manera más adecuada aspectos relacionados con las condiciones de la vivienda (el mobiliario, el equipamiento, la seguridad, la higiene..), y las necesidades básicas relativas a salud, vestido y alimentación de los menores acogidos, que otros aspectos relacionados con la socialización y la supervisión educativa de los menores. Los datos indican que las familias acogedoras todavía disponen de un cierto margen de mejora, sobre todo en lo que se refiere a estos últimos aspectos y especialmente en el caso de los acogimientos en familias extensas.



Estimulación psicológica en el hogar

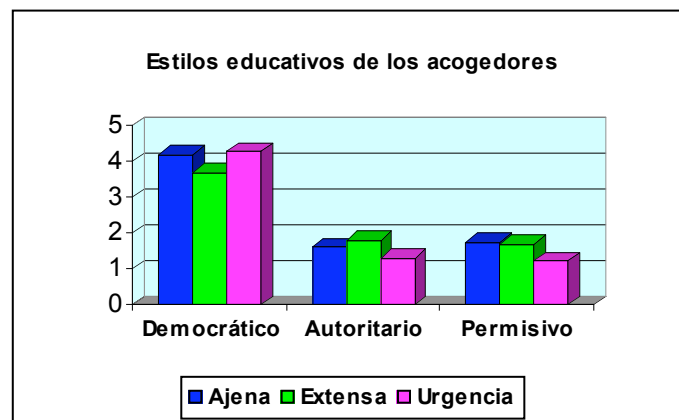
En lo relativo a la calidad de la estimulación psicológica en los hogares acogedores, las puntuaciones ponderadas obtenidas con la escala HOME indican que las familias con hogares más estimulantes en el nivel de edad de 0-3 años son las de urgencia. En el resto de los niveles de aplicación de la escala (3-6 años, 6-10 años y adolescentes) son las familias acogedoras ajenas las que tienen hogares con mayor estimulación, obteniendo las familias acogedoras extensas las más bajas puntuaciones.

Además de relacionarse con los contenidos analizados en el apartado anterior, las puntuaciones HOME se han relacionado con diversas características de los acogedores (su nivel de estudios, sus pautas educativas, su nivel de estrés...) y de los acogidos (puntuaciones de desarrollo e inteligencia, ajuste y rendimiento académico, habilidades sociales, problemas de conducta...), siendo las puntuaciones HOME más elevadas las que sistemáticamente se relacionan con características y resultados más favorables.



Estilos educativos

Considerado en términos generales, el patrón educativo más frecuente entre los acogedores es el que corresponde con el estilo educativo democrático, caracterizado por la expresión de afecto y la comunicación, y por las exigencias de madurez y el control basado en el razonamiento más que en la imposición. Existen diferencias significativas entre las distintas modalidades de acogimiento, destacando los acogedores de urgencia por ser los que actúan de manera más democrática y siendo los acogedores de extensa los que educan a los acogidos con pautas de corte más autoritario.

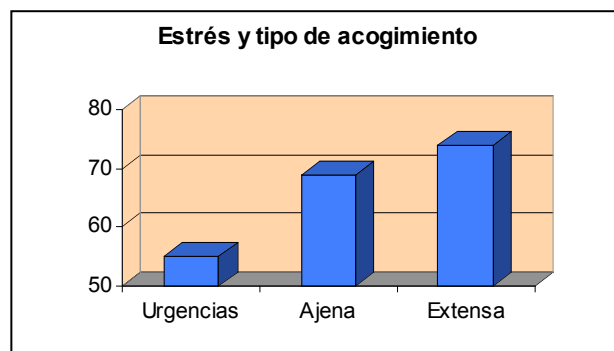


Estrés

Aunque no hay baremos españoles con los que comparar los resultados obtenidos, la información disponible permite pensar que el promedio de estrés en las familias acogedoras no es muy diferente del de la población general. Sin embargo, en estas familias parece darse una mayor concentración de quienes presentan elevados niveles de estrés, hasta el punto de que uno de cada cuatro acogedores tiene elevadas puntuaciones de estrés que pueden estar comprometiendo seriamente su bienestar psicológico y, por tanto, su capacidad para un adecuado funcionamiento y una buena adaptación en la vida cotidiana. De hecho, las puntuaciones de estrés más elevadas se relacionan con más dificultades para responder a las necesidades infantiles, con hogares menos estimulantes, con una mayor percepción de problemas en los acogidos, con mayores necesidades de apoyo (incluido apoyo económico y asesoramiento) y con mayor presencia de relaciones sociales conflictivas de los acogedores.

Uno de cada cuatro acogedores presenta elevadas puntuaciones de estrés.

Valorado el estrés en función de las diferentes modalidades de acogimiento, las puntuaciones más bajas se obtienen entre los acogedores de urgencia y las más elevadas entre los de familia extensa, estando los de familia ajena más próximos a estos últimos, aunque en alguno de los aspectos evaluados (estrés asociado a las labores de críaza y educación) ocupan una posición intermedia entre los otros dos. Mientras que los acogedores en familia extensa parecen percibir más estrés en aspectos relacionados con sus propias circunstancias familiares y de acogimiento, para los acogedores de familia ajena la principal fuente de estrés en el acogimiento deriva de su relación con los menores acogidos y de los problemas de adaptación y conducta que perciben en ellos. Entre quienes presentan muy elevados niveles de estrés, el 85% pertenece al grupo de acogedores en familia extensa y el 15% al de familia ajena, no habiendo en este grupo ninguno de los acogedores de urgencia.



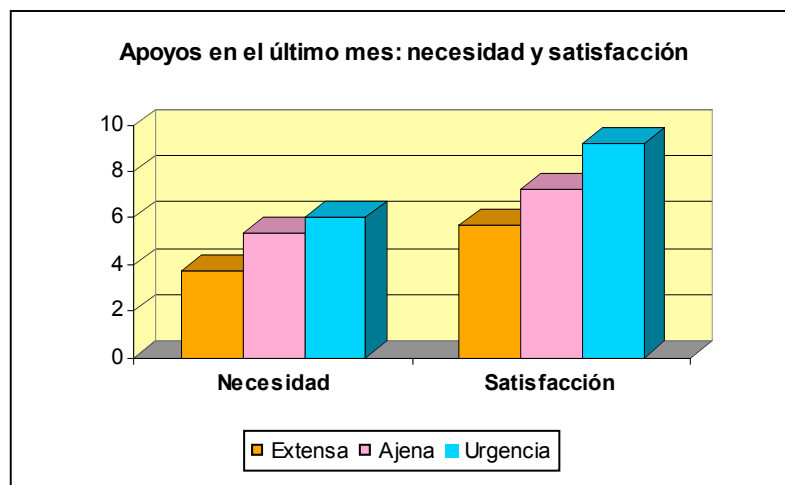
Apoyo social

La amplitud de la red social de apoyo varía significativamente en función del tipo de acogimiento, siendo más reducida para los acogedores de familia extensa que para los demás. Así, las redes sociales más pequeñas (menos de cinco personas) son significativamente más frecuentes entre los familiares que acogen que entre los demás acogedores.

Tanto en general, como en relación con el acogimiento, los acogedores que sienten más necesidad de apoyo son los de urgencia, seguidos de los de familia ajena. Los que expresan un número significativamente menor de necesidades son los de familia extensa. El mismo patrón parecen seguir los datos en cuanto al grado de satisfacción con la respuesta que obtienen ante esas necesidades, mayor en los acogedores de urgencia y menor en los de familia extensa.

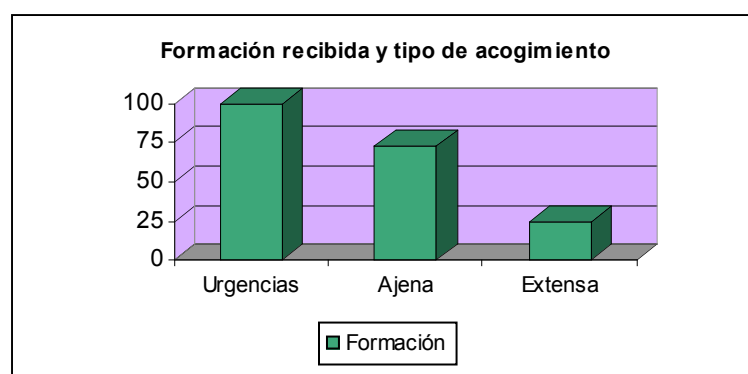
Los familiares acogedores expresan más necesidad de apoyo material y menos satisfacción con el apoyo material recibido

A pesar de que son los familiares acogedores los que expresan mayor necesidad de apoyo material, no son los que se sienten más satisfechos con la ayuda recibida. Los más satisfechos con ese tipo de ayuda son los acogedores de urgencia, que son precisamente los que dicen sentir menos necesidad de este tipo de apoyo. Parece, pues, haber un notable desajuste en la atención de las necesidades materiales de las familias acogedoras extensas comparadas con el resto.



Relaciones con los servicios de protección

Los acogedores y acogedoras del estudio no se sienten especialmente acompañados por los Servicios de Protección de Menores ni al inicio del acogimiento ni en el momento actual. Más de la cuarta parte de los acogedores se sienten poco o nada acompañados tanto en el inicio como en el momento actual. En el caso de los familiares acogedores, la tercera parte considera que el acogimiento de sus nietos o sobrinos es un asunto privado en el que los servicios de protección no deberían intervenir, lo que probablemente refleja tanto la importancia que tienen en nuestra cultura los lazos familiares, como el escaso apoyo que estas familias están recibiendo. El 60% de los acogedores afirma no haber recibido formación para el acogimiento, siendo notables las diferencias en función de la modalidad de acogimiento de que se trate, con la situación más desfavorable para las familias que acogen a menores con los que están emparentados, de los que las tres cuartas partes afirman no haber recibido ningún tipo de formación. Por el contrario, las familias ajenas y, sobre todo, las de urgencia reciben formación con mucha mayor frecuencia, fundamentalmente a través de las entidades que tienen funciones delegadas de los servicios de protección.



Aunque la mayor parte de las familias acogedoras (80%) afirma haber tenido algún seguimiento, parece que en muchos casos se ha tratado más de contactos entre profesionales y familias que de seguimientos (con valoración, apoyo...) propiamente dichos. La ratio de seguimientos en función de la duración del acogimiento es inferior a un seguimiento al año por familia participante (0,78). Esta ratio varía significativamente en función de la modalidad de acogimiento, siendo de tres seguimientos cada dos años en familias ajenas (1,53 al año) y de poco más de un seguimiento cada dos años en el caso de las familias extensas (0,60 al año).

En familia ajena hay un promedio de tres seguimientos cada dos años, mientras que en familia extensa hay uno cada dos años.

Evolución del menor, grado de satisfacción de los acogedores y aspectos positivos y negativos del acogimiento

En términos generales, los acogedores consideran que la evolución general de los menores durante el acogimiento ha sido moderadamente positiva. En tono a la mitad de los acogedores considera que la evolución del menor acogido ha sido satisfactoria o bastante satisfactoria, mientras que algo más del 40% cree que el menor no ha empeorado, pero tampoco ha mejorado durante el tiempo que ha durado el acogimiento. Quienes mejor valoran la evolución del menor durante el acogimiento son los acogedores de urgencia.

La satisfacción de los acogedores con el acogimiento es muy elevada en todos los tipos de acogimiento analizados.

La satisfacción de los acogedores con el acogimiento es muy elevada en todas las modalidades de acogimiento (media de 4,4 sobre 5).

Los aspectos positivos que más destacan los acogedores tienen que ver con los beneficios que el acogimiento supone para los menores ("lo mejor es poder ofrecerles un ambiente familiar", "evitar que vaya a un centro de menores"). Destacan en esta valoración las familias acogedoras ajenas y extensas. Por su parte, los acogedores de urgencia señalan más frecuentemente que los demás los beneficios que el acogimiento reporta a los acogedores ("disfrutamos del niño", "nos sentimos útiles").

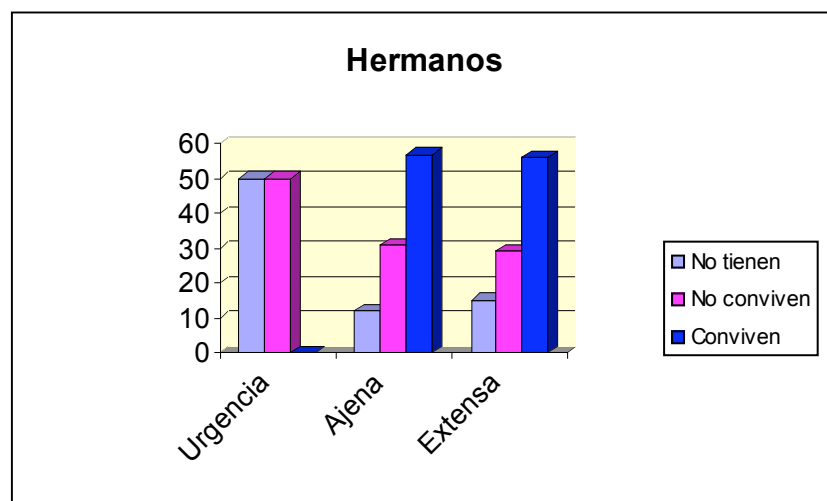
En cuanto a los aspectos negativos, destacan las dificultades que el acogimiento plantea para los acogedores (“nos preocupa mucho el futuro”, “lo peor va a ser la despedida”) y las quejas respecto a la intervención profesional (“demasiados cambios en los equipos técnicos”, “el muy poco apoyo que se recibe”). Cuando se analiza la valoración que los acogedores hacen de los aspectos negativos del acogimiento, llama la atención la alta concentración de dificultades que expresan las familias extensas en contraste con la escasa concentración de dificultades señaladas por los acogedores de urgencia, ocupando los de familia ajena una posición intermedia.

Según su propia valoración, las que más aspectos negativos encuentran en el acogimiento son las familias extensas. En contraste, los acogedores de urgencia señalan menos aspectos negativos y resaltan más los beneficios del acogimiento para los acogedores.

Menores acogidos

Edad, hermanos, parentesco, historia previa

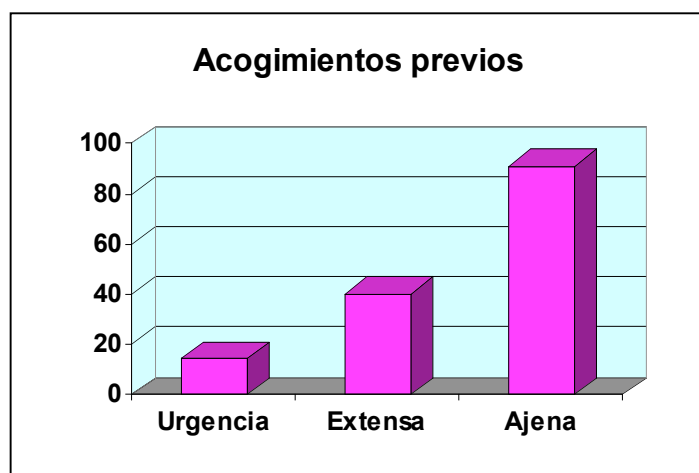
Los datos de los 218 menores de esta investigación muestran que el 37% inició el acogimiento con menos de un año; el 29% tenía entre 1 y 4 años; el 18%, entre 5 y 8 años; el resto, un 17%, tenía entre 9 y 17 años. La tendencia general de los datos muestra que los que se incorporan al acogimiento en familia extensa son más pequeños que los que van a familias sin parentesco. Así, de los 80 que empezaron el acogimiento en su primer año (aparte de los 14 de urgencia, que pertenecen todos a este grupo), sólo 3 fueron acogidos en familia ajena.



En el momento del estudio (edad media, 8 años y medio), la mayoría (50%) está en educación primaria, con un 19% en secundaria obligatoria y un 18% en infantil.

El 84% de los menores participantes en el estudio tienen hermanos, con una media por menor acogido de 2,7 hermanos. Un 45% tiene tres o más hermanos. Las diferencias son significativas en función de la modalidad de acogimiento, pues los de familia extensa tienen un promedio de 2,4 hermanos, los de urgencia de 3,1 y los de ajena de 3,7 hermanos. El 63% de los que tienen hermanos conviven con ellos, sin diferencias apreciables en ese aspecto entre familia extensa y familia ajena.

Los acogidos en familia extensa están sobre todo con familiares de la rama materna, abuelos en el 29% de los casos y tíos en el 26%. Los abuelos paternos acogen al 26% de y los tíos al 12%. Un 11% adicional está con otros familiares.



Mientras que aproximadamente la mitad de los menores estudiados no tuvieron acogimiento previo al actual, el resto sí habían pasado por esa experiencia, ya se tratara de acogimiento residencial, familiar o de ambos. El 39% tuvo un solo acogimiento previo y el 11% tuvo dos o más acogimientos anteriores. Las diferencias son muy marcadas en función del tipo de acogimiento, habiendo tenido acogimientos previos al actual el 91% de los acogidos en familia ajena.

En los antecedentes de estos menores constan una variedad de problemas físicos (problemas en el embarazo, síndrome de abstinencia neonatal, enfermedad crónica...), cada uno de los cuales afecta a entre el 10% y el 15% del total. El 7% presentó anticuerpos al nacer. La cuarta parte tiene antecedentes de problemas psicológicos y el 15% tiene un historial de necesidades educativas especiales.

Se incorporan al acogimiento con una variedad de problemas físicos y psicológicos, así como tras experiencias de maltrato.

El 73% había tenido alguna experiencia de maltrato antes del acogimiento. El más frecuente había sido la negligencia, seguida del maltrato psicológico y el prenatal. La acumulación de experiencias de maltrato es significativamente mayor entre los acogidos en familia ajena que entre los de familia extensa. Todos los de acogimiento de urgencia habían sufrido maltrato prenatal.

Desarrollo, inteligencia, rendimiento académico

El nivel de desarrollo de los menores de 8 años se ha evaluado con las escalas Battelle, mientras que a partir de esa edad se ha hecho una valoración de la inteligencia usando el test K-Bit. Por lo que se refiere a los menores de 7 años, algo más de la mitad presentan un nivel de desarrollo adecuado a su edad o por encima de la media, mientras que el resto presentan retrasos de diferente magnitud, con un 29% que presenta retrasos muy significativos (dos desviaciones típicas o más por debajo de la media). Cuando se dan, esos retrasos tienden a ser generalizados, pues afectan en porcentajes parecidos a los distintos ámbitos (desarrollo motor, comunicativo, cognitivo, adaptativo...).

El 44% de los menores de 8 años presentan retrasos evolutivos de distinta consideración. De ellos, el 29% son retrasos muy significativos.

El cociente intelectual promedio de los que tienen 8 años o más es de 87, muy cercano al límite que marca la separación entre la inteligencia normal y la que presenta algún retraso.

El rendimiento académico de los acogidos es significativamente peor que el de sus compañeros y compañeras de clase.

Respecto a los mayores de 8 años, el cociente intelectual (CI) promedio de los menores acogidos es de 87, muy cerca de los 85 que se consideran el límite entre la inteligencia normal y la afectada por algún retraso. No hay diferencias significativas en cociente intelectual global en función de la modalidad de acogimiento, aunque en la subescala de inteligencia abstracta los acogidos en familia extensa tienen una puntuación más alta que los de familia ajena (94 frente a 87). Esta diferencia es poco sorprendente si se tiene en cuenta que las puntuaciones de CI tienden a ser más bajas cuanto más tarde se inicia el acogimiento. Así, los acogidos con CI más bajo habían empezado el acogimiento con cuatro años o más; de ellos, el 86% estaban acogidos junto a algún hermano.

El profesorado de los menores acogidos valoró el rendimiento académico tanto del niño o la niña acogido de su clase, como de un compañero o compañera elegidos al azar. La valoración es significativamente más negativa para los acogidos que para sus compañeros de clase, sin diferencias en función del tipo de acogimiento.

Autoestima y relaciones sociales

Las puntuaciones medias de autoestima de los acogidos son positivas, presentando niveles medio-altos tanto en la infancia como en la adolescencia, sin encontrarse diferencias significativas en función de los distintos tipos de acogimiento.

En la valoración hecha por el profesorado de las habilidades sociales de los acogidos y de sus compañeros de clase, la diferencia es significativa a favor de estos últimos. En concreto, los acogidos se sitúan en la parte baja del rango de puntuaciones consideradas normales, mientras sus compañeros están en la parte alta de dicho rango.

Cuando el profesorado informa sobre el lugar social dentro del grupo del acogido y de un compañero elegido al azar, no se observan diferencias significativas, aunque los acogidos tienen una presencia mayor entre los ignorados por el grupo y una presencia menor entre los preferidos y entre los que está en situación promedio.

Las puntuaciones promedio de autoestima de los menores acogidos son normales, con niveles medio-altos.

Según la valoración del profesorado, las habilidades sociales son menores en los acogidos que entre sus compañeros de clase. Sin embargo, ello no parece ser obstáculo para una posición social aceptable dentro del grupo (aunque con tendencia a ocupar un lugar algo menos favorable que el de sus compañeros en popularidad, así como a que sean ignorados con frecuencia algo mayor).

Dificultades y problemas de conducta

Tanto quienes acogen a los niños, niñas y adolescentes estudiados, como su profesorado, han hecho una valoración de las dificultades y problemas de conducta que los menores presentan a partir de los 4 años. En el caso del profesorado, han informado además de la misma cuestión en referencia a un compañero o compañera elegidos al azar. Se evalúan síntomas emocionales, problemas de conducta, hiperactividad, problemas en las relaciones con los compañeros y capacidades en la conducta prosocial, obteniéndose además una puntuación total de dificultades y problemas. Respecto a esta puntuación global, las puntuaciones entre 0 y 13 se consideran normales, siendo preocupantes entre 14 y 16 (en el límite de la normalidad) y muy preocupantes a partir de 17.

La media de los menores acogidos está en 12,30 según la valoración de los profesores y en 13,43 según la de los acogedores. Por tanto, en ambos casos, en la frontera entre lo normal y lo preocupante.

La puntuación de los menores acogidos en familia ajena (15,45) es significativamente superior a las de los acogidos por parientes (12,75). Además, es interesante llamar la atención sobre el hecho de que en el caso de los niños que están en familia ajena, la percepción de problemas de los acogidos es superior en sus acogedores que en sus profesores, lo que significa que, hablado de los mismos niños y niñas, el profesorado percibe menos dificultades y problemas que los acogedores.

Las puntuaciones de dificultades y problemas de los acogidos son normales, si bien están en el límite de lo preocupante.

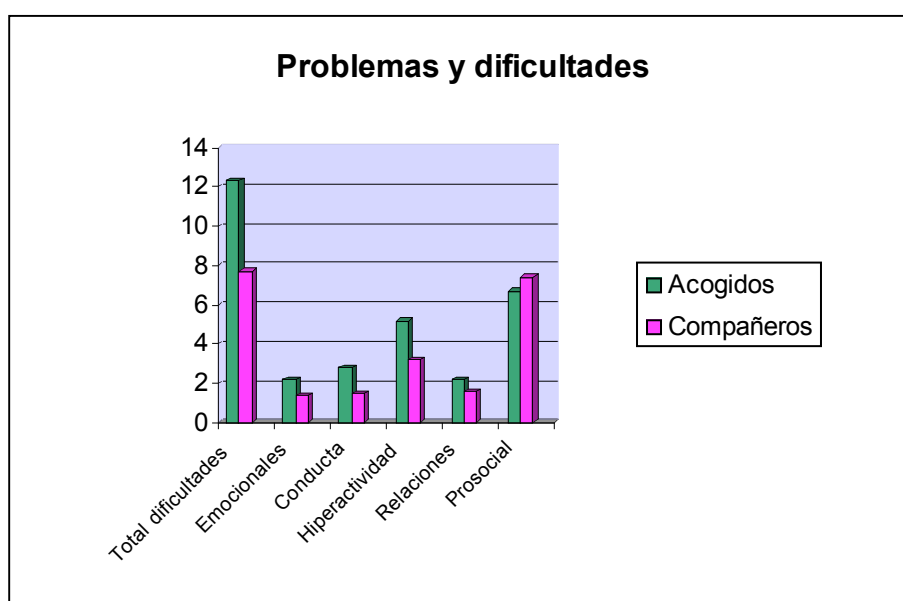
Los acogidos en familia ajena presentan puntuaciones más elevadas, predominando en el grupo con mayor presencia de problemas.

En el caso de acogidos en familia ajena, la percepción de problemas es mayor por parte de los acogedores que por parte de los profesores.

En la valoración de este tipo de pruebas es frecuente servirse como punto de corte del percentil 85, considerándose que a partir de ahí se entra en el “grupo clínico”, niños y niñas con problemas más preocupantes. En este grupo, la presencia de niños acogidos en familia ajena es significativamente superior a la de quienes están acogidos en familia extensa.

Acogedores y profesores observan más sintomatología emocional en quienes habían sufrido experiencias de maltrato antes del acogimiento, aunque las diferencias sólo son significativas en el caso de la valoración de los acogedores.

Las valoraciones del profesorado permiten comparar los problemas y dificultades de los acogidos con los de sus compañeros de clase no acogidos tanto respecto al total de dificultades, como respecto a cada una de las áreas exploradas. Las diferencias son significativas, con una mayor concentración de problemas entre los acogidos (en el caso de la conducta prosocial se valoran no los problemas, sino las competencias). Estas diferencias parecen generalizadas, pues afectan por igual a niños, niñas y adolescentes con independencia de su modalidad de acogimiento.

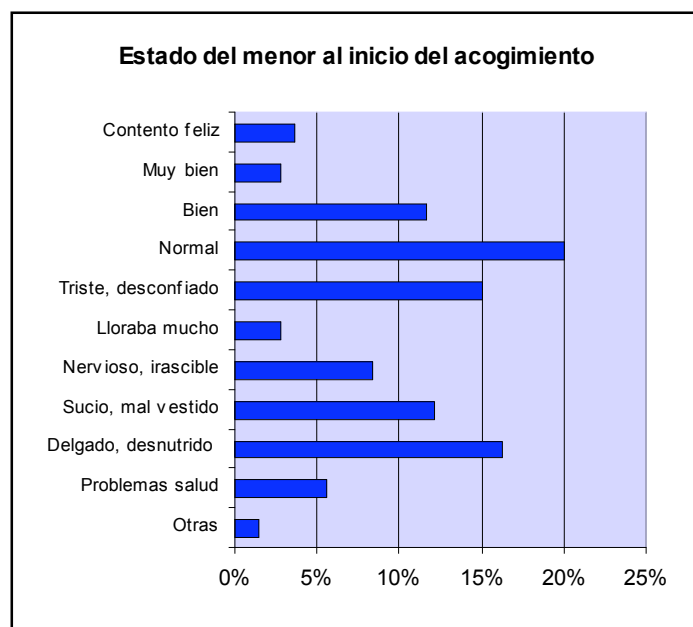


Adaptación al acogimiento

Casi la mitad de los acogedores no pueden informar sobre las reacciones del menor al ser separado de sus padres, bien porque se trataba de un bebé muy pequeño, bien porque conocieron al niño o la niña con posterioridad a la separación. Aquellos que vivieron la separación describen las reacciones con adjetivos tales como aceptación (25%), motivación (11%), tristeza (7%), alivio (7%), oposición (5%) o indiferencia.

Como promedio, los acogedores valoran la adaptación del menor al acogimiento como buena o muy buena. La mejor adaptación se da en los casos de urgencia, siendo la menos favorable la de los acogimientos en familia ajena. Ello está sin duda relacionado con el hecho de que la adaptación es peor cuanto mayor es el niño, cuando ha tenido acogimientos previos y experiencias anteriores de maltrato, hechos que se dan con más frecuencia en el acogimiento con no familiares.

Las descripciones que los acogedores hacen del estado de los acogidos al llegar contienen con bastante frecuencia (62%) rasgos negativos, con presencia de problemas físicos, suciedad, tristeza, ira y nervios, llanto... El estado al llegar se valoró positivamente por casi el 20% de los acogedores.



La adaptación a la escuela tras el comienzo del acogimiento fue buena o muy buena en el 64% de los casos, según los acogedores. En el 30% de los casos dicha adaptación ha sido valorada menos favorablemente. Pero la adaptación escolar fue peor entre los acogidos en familia ajena que entre los de familia extensa, así como entre los acogidos con hermanos y entre los que habían sufrido maltrato previamente. Los que tuvieron más dificultades iniciales de adaptación escolar son en la actualidad valorados por los profesores como más problemáticos. El porcentaje de los que necesitan apoyo escolar ha ido aumentando según ha pasado el tiempo tras el acogimiento, pasando del 24% inicial al 40% actual.

Los acogedores hacen una valoración positiva o muy positiva de los acogidos.

Transcurrida la fase de adaptación, los acogedores hacen una valoración claramente positiva de los acogidos, que el 28% de los acogedores consideran satisfactoria y el 61% creen muy satisfactoria. Las descripciones más favorables se obtienen en el acogimiento de urgencia. La evolución del menor tras el acogimiento es más positiva en hogares más estimulantes y que responden mejor a las necesidades básicas infantiles, siendo más negativa en caso de los niños, niñas y adolescentes acogidos que presentan más dificultades y problemas. Los que han evolucionado mejor en la situación de acogimiento eran más pequeños al llegar y tienen en la actualidad una autoestima más positiva.

En la actualidad, los acogedores hacen una valoración claramente positiva de las relaciones que los acogidos tienen con ellos y con otros niños y niñas.

Conocimiento de la historia personal y comunicación sobre el acogimiento

Aunque, según los acogedores, la mayor parte de los acogidos conocen su origen familiar y la situación de sus padres, hay diferencias significativas en función del tipo de acogimiento, con una mayor presencia en los acogimientos en familia extensa de quienes no conocen los datos básicos sobre su propia historia (30% de los acogidos en familia extensa). El conocimiento de la propia historia es mayor entre quienes han tenido acogimientos previos, se han incorporado más tarde y con algún hermano al acogimiento actual. Como promedio, los acogidos conocen su historia en torno a los 6 años, aunque los acogidos en familia extensa tienden a conocerla ante que los de familia ajena (4,6 y 6,8 años, respectivamente).



De acuerdo con la información aportada por los acogedores, un 30% de los acogidos se interesa por su historia previa, mientras que un 62% no lo hace y el asunto no procede, por su temprana edad, en un 8% de la muestra. En torno a la cuarta parte de los acogidos hablan abiertamente sobre su situación con amigos y compañeros. Un 7% parece haber tenido problemas con amigos y compañeros a propósito de su situación de acogimiento.



La mayor parte de los acogidos se dirigen a sus acogedores como “papá” o “mamá”, sobre todo en los casos de familia ajena y de urgencia.

Al preguntara los acogedores si han hablado sobre el tema acogimiento con los acogidos, un 36% afirma que aún no lo ha hecho (de ese porcentaje quedan excluidos los acogimientos de urgencia, por tratarse de bebés aún muy pequeños). Los acogedores no familiares han hablado con los niños de estos temas con más frecuencia que los de familia extensa, aunque los datos del conjunto muestran que pueden pasar varios años desde la llegada del menor hasta que el tema se aborde.

La frecuencia con la que se habla sobre la historia personal y el acogimiento es bastante variable. Algunos acogedores ni han hablado ni piensan hablar de estas cosas con los acogidos (10%), mientras que otros no saben si van a hacerlo y cuestionan la necesidad de hablar de estos asuntos (14%). Un 36% afirma que sólo hablarán de estas cosas si los menores les hacen preguntas.



Conclusiones

El acogimiento familiar como medida protectora

El acogimiento familiar funciona bien como medida de protección. Los hogares acogedores acreditan una satisfactoria capacidad para responder a las necesidades básicas (condiciones de la vivienda, alimentación, vestido, escolarización, salud...) de los niños y niñas a su cargo, aunque aún disponen de un pequeño margen de mejora sobre todo en aspectos relativos a la socialización y a la supervisión educativa de los menores. Los acogidos presentan más dificultades que sus compañeros no acogidos, lo que es lógico dado su historial de mayor adversidad. Sin embargo, esas puntuaciones más bajas, como promedio, no alcanzan niveles psicopatológicos, ni de rechazo social, ni de fracaso académico estrepitoso, ni de autoestima negativa. Los acogedores están en general muy satisfechos con sus acogidos y con la experiencia de acogimiento. Parece que el acogimiento es, por tanto, una medida de protección que debe ser potenciada como una alternativa satisfactoria para muchos menores y para muchas familias.

Los hogares acogedores dan respuesta a las necesidades básicas de los acogidos. El acogimiento aparece como una adecuada y satisfactoria medida de protección que debe ser potenciada.

Los progenitores de los menores acogidos

Los progenitores de los niños y niñas acogidos presentan un elevado perfil de conflictividad y riesgo personal y familiar. La mayor parte parece lejos de la recuperación de sus dificultades, aunque en torno a algo más de la cuarta parte parece haber resuelto sus problemas o estar en vías de resolverlos. El consentimiento al acogimiento ha sido más frecuente en los casos de familia extensa y de urgencia que en los de familia ajena. Los acogidos tienen más contactos y más frecuentes con sus madres que con sus padres, contactos que están más regulados y organizados en los acogimientos de urgencia y los de familia ajena, siendo más frecuentes, variados e informales en los de extensa. Aunque los acogedores perciben que los acogidos reaccionan bien ante los encuentros con sus padres, creen con frecuencia que su impacto sobre los niños no es positivo. Por el contrario, la valoración que hacen de los contactos con los hermanos tiene un cariz claramente más favorable.

Los progenitores de los acogidos presentan múltiples factores de riesgo. Los contactos con sus hijos se dan más en las madres, siendo más frecuentes y más informales en el acogimiento con familiares.

Los acogedores

Con una edad promedio para el conjunto de acogedores de en torno a 50 años, los acogedores en familia extensa son claramente más mayores y a ellos pertenecen casi en exclusiva los mayores de 62 años de esta investigación. Suelen ser matrimonios biparentales, aunque la presencia de la monoparentalidad es notable, sobre todo en los acogimientos en familia extensa. En su mayor parte, los acogedores son familiares de los acogidos, sobre todo por la rama materna. El nivel educativo es variado, así como la actividad profesional, destacando los jubilados en el caso de familia extensa, los que están en activo en familia ajena y las amas de casa en el acogimiento de urgencia.

Con un perfil personal y social promedio variados, los familiares acogedores están emparentados con los menores sobre todo por la rama materna y son de mayor edad que los demás acogedores.

La vida familiar en los hogares de acogida

En conjunto, las familias acogedoras responden de forma satisfactoria a las necesidades básicas de los acogidos. La estimulación en el hogar varía de forma significativa en función de la modalidad de acogimiento, con las familias extensas siendo las que ofrecen una estimulación menos rica. Estas familias presentan también prácticas educativas de corte autoritario con mayor frecuencia a lo encontrado en los otros acogimientos. Las puntuaciones de estrés de los acogedores parecen comparables a las de la población general, pero con mayor presencia en ellos de puntuaciones de estrés elevadas o muy elevadas, particularmente en el caso de las familias extensas. Son éstas precisamente las familias que presentan redes de apoyo más limitadas, así como mayor necesidad de sostén económico en el acogimiento (pero menor satisfacción con la ayuda económica recibida). Curiosamente, los que más necesidades expresan son los acogedores de urgencia, pero también los más satisfechos con la ayuda que reciben.

Aunque en conjunto las familias acogedoras responde a las necesidades de los acogidos, hay mucha variabilidad en distintos parámetros de la vida familiar y en la red social y profesional de apoyo, con los acogedores en familia extensa siendo los que en general encuentran mayores dificultades y menos apoyos.

Queda mucho por mejorar en las relaciones entre los servicios de protección de infancia y las familias acogedoras: información y formación escasas (las tres cuartas partes de los acogedores en familia extensa no han recibido ninguna, según su testimonio), seguimientos que parecen adoptar con frecuencia más la forma de contactos que de seguimiento y apoyo, y que son además escasos, pues se reducen a un seguimiento cada dos años en los casos de familia extensa y tres cada dos años en el caso de familia ajena. La concentración de dificultades y quejas es mayor en la familia extensa y menor en las de urgencia. A pesar de todo ello, la satisfacción con el acogimiento es alta en las tres modalidades analizadas.

Aproximadamente la mitad de los menores empezó el acogimiento en su primer año. El resto ha pasado por acogimientos previos. Las tres cuartas partes han sufrido malos tratos.

Más positivas en auto-estima, las puntuaciones de los acogidos están dentro de la normalidad, pero en el límite con valores más preocupantes en diversos dominios (desarrollo, rendimiento académico, habilidades sociales...).

Los acogidos en familia ajena presentan un perfil más problemático, en relación con su mayor adversidad previa.

Los menores acogidos

Casi el 40% de los menores estudiados empezó el acogimiento dentro de su primer año, lo que ocurre con mucha mayor frecuencia en los acogimientos por familiares. En torno a la mitad convive con sus hermanos y hermanas en la misma familia acogedora. La mitad del total y casi todos los de familia ajena han pasado por acogimientos previos al actual, con una duración media de 2,5 años. Además, en el pasado de estos chicos y chicas hay problemas físicos y psicológicos, así como experiencias de maltrato.

La adaptación al acogimiento fue buena, con más dificultades en los que llegaron mayores. La adaptación posterior es valorada positivamente por los acogedores.

La comunicación en torno al acogimiento puede considerarse baja. Los acogidos parecen poco inclinados a hablar de su historia y su situación.

Excepto en la valoración de su auto-estima, donde alcanzan valores medio-altos, las puntuaciones medias de los acogidos en diversos aspectos están dentro de la normalidad, pero con alta frecuencia en el límite con valores problemáticos y diferencias significativas con sus compañeros no acogidos. Así ocurre con el progreso

evolutivo y la inteligencia, con las dificultades y los problemas de conducta (según la valoración de los acogedores), y con el rendimiento académico y las habilidades sociales (según la valoración de los profesores). Como tendencia general, los acogidos en familia ajena presentan un perfil promedio más problemático, lo que debe relacionarse con el hecho de que se incorporan a edades más tardías al acogimiento y después de haber sufrido más adversidad y discontinuidad en sus vidas.

Llegados a sus familias de acogida con diversos problemas físicos y psicológicos, su adaptación al acogimiento fue en general buena, con más dificultades en el caso de niños más mayores, con experiencias previas de maltrato y de otros acogimientos. La adaptación al acogimiento ha evolucionado de forma claramente satisfactoria como promedio, siendo además las relaciones acogedores-acogidos valoradas por los primeros como muy satisfactorias.

La mayoría de los acogidos conocen su historia previa, pero casi un 40% de los acogedores no ha hablado nunca con el menor sobre su situación, lo que ocurre con más frecuencia en familia extensa que en ajena. Pueden pasar varios años en acogimiento antes de que el tema se aborde y los acogidos no son muy propensos a hablar de su historia y de su situación.

Familias acogedoras y servicios de protección de menores

En general, las familias acogedoras no hacen un buen balance de sus relaciones con los servicios de protección. No sienten a los profesionales cerca y no se sienten acompañados por ellos ni en los inicios del acogimiento, ni en su desarrollo posterior, ni en la actualidad. Además, un tercio de los acogedores en familia extensa es refractario a la intervención profesional, pensando que en los asuntos familiares nadie tiene razones para interferir.

La intervención profesional debe estar más cerca de estas familias y de sus variadas necesidades, incluso en casos en los que la demanda de apoyos se limite a lo económico. Ello es así muy en particular en los acogimientos en familia extensa.

Como ya se ha señalado anteriormente, la información y la formación son en general escasas, pero están particularmente poco presentes en el caso de los acogimientos en familia extensa. Los seguimientos también son muy escasos. El apoyo económico se echa de menos sobre todo por los familiares acogedores. A pesar de las aparentes reticencias de estos últimos y de la ausencia aparente de demandas más allá de lo económico, estas familias deben ingresar de pleno derecho en el sistema de protección, pues lo que llevan a cabo no es un asunto privado. Todo ello parece reclamar un nuevo modelo de intervención basado en el reconocimiento de la labor y de las dificultades de estas familias, en la prestación de servicios y en la colaboración mutua.

Mirando al futuro: las distintas modalidades de acogimiento

El acogimiento de urgencia destaca por su buen funcionamiento, el elevado nivel de satisfacción de todos los implicados, la buena caracterización de los acogedores y sus hogares, y, naturalmente, la temprana edad en que comienza. Son los que demandan más apoyo como acogedores y a la vez los que más satisfechos se sienten con el apoyo que se les presta. El hecho de que los acogidos en esta modalidad sean muy pequeños evita el acogimiento residencial, es percibido de manera muy positiva por los acogedores y a la postre se convierte en un factor de protección de cara a la adaptación futura del menor. El de urgencia es sin duda el tipo de acogimiento con un mejor modelo de intervención profesional en la actualidad. Se trata de una modalidad de acogimiento que debe ser potenciada y generalizada, así como extendida a más variedad de situaciones que aquellas para las que ahora se utiliza (en su gran mayoría, niños y niñas nacidos con síndrome de abstinencia).

El acogimiento de urgencia presenta un perfil claramente muy satisfactorio. Por ello, debe ser potenciado y generalizado, y debe extenderse a más variedad de situaciones.

Por su parte, el acogimiento en familia ajena presenta tanto factores de protección como de riesgo. Se trata de familias con perfiles socio-demográficos promedio positivos, con adecuado nivel educativo, con hogares estimulantes, con buen número de fuentes de apoyo y, en general, con adecuado manejo de las situaciones de estrés. Con frecuencia, han recibido algún tipo de formación, tienen buena motivación y disponen de diversos recursos. Sin embargo, estas familias acogen a niños y niñas que ya son mayorcitos, que han tenido experiencias de maltrato y han pasado por otros acogimientos previos, incluidos los residenciales. No resulta entonces extraño que en estos menores haya una mayor presencia de dificultades y problemas de conducta, ni que su rendimiento académico sea más bajo.

En el acogimiento en familia ajena se encuentran claros factores de protección, pero se hace frente también a más problemas y dificultades en los acogidos. Los apoyos que actualmente reciben deben redoblar para que acogedores y acogidos tengan una mayor atención y una mejor experiencia.

En esta modalidad de acogimiento los acogedores tienen más recursos, pero se enfrentan también a más dificultades. Esto puede explicar su mayor necesidad de apoyo psicológico en comparación con los acogedores de familia extensa. De hecho, aunque sin duda escaso, el nivel de apoyo que reciben es superior al de las familias extensas acogedoras. Con estas familias es preciso redoblar el apoyo actual, muy especialmente en lo referente al manejo de los problemas de conducta y de las situaciones conflictivas, así como en lo que tiene que ver con la adaptación y el rendimiento escolar de los acogidos.

El acogimiento en familia extensa tiene algunos factores de protección indudables (suele comenzar pronto, evitándose además marcadas discontinuidades en las vidas de los acogidos; es una fórmula que a muchas familias resulta natural, siendo frecuentemente acogimientos de hecho antes de formalizarse). Comparados con los de familia ajena, los acogidos en familia extensa presentan menos problemas de desarrollo y de conducta, así como mejor rendimiento escolar, aunque en estos distintos aspectos sus compañeros y compañeras de clase puntúan más favorablemente.

Aunque en el acogimiento en familia extensa hay claros factores de protección, se encuentran también un buen número de factores de riesgo. Los apoyos que estas familias reciben no están a la altura de sus dificultades y necesidades, siendo apremiante cambiar el modelo de intervención que con ellas se lleva a cabo.

Sin embargo, tanto las características personales de los acogedores como los hogares de las familias acogedoras extensas presentan perfiles más preocupantes en cuanto a menor nivel educativo y estatus laboral, menor disponibilidad de recursos materiales para la vida cotidiana, mayor edad y más precaria salud, hogares menos estimulantes, puntuaciones más extremas de estrés, menos fuentes de apoyo, actitudes menos comunicativas a propósito de la historia previa y la situación de acogimiento, etc. A pesar de esta mayor acumulación de factores de riesgo, los apoyos que estas familias reciben no sólo no parecen ser mayores, sino que son sensiblemente inferiores a los que reciben el resto de las modalidades de acogimiento, siendo apremiante cambiar un modelo de intervención que claramente no está a la altura de sus necesidades.